

Recordando a DE GASPERI

JOSE A. LAZCANO

"Time" nunca se hubiera fijado en Alcide De Gasperi para su lista de "150 Rising World Leaders". Y en 1945, año en que tendría que dedicarle una portada, aquella cara adusta tenía ya 64 años de ascetismo. Sin embargo, la Italia arruinada y caótica del fin de la guerra tuvo como artífice fundamental de su reconstrucción a este montañés nacido austríaco.

Hoy, a los 20 años de su muerte, vale la pena preguntarse sobre el valor histórico y simbólico de De Gasperi. Y la pregunta se nos hace muy sugestiva desde dos perspectivas análogas: la crisis de la Democracia Cristiana Italiana y la crisis de las Democracias Cristianas latinoamericanas.

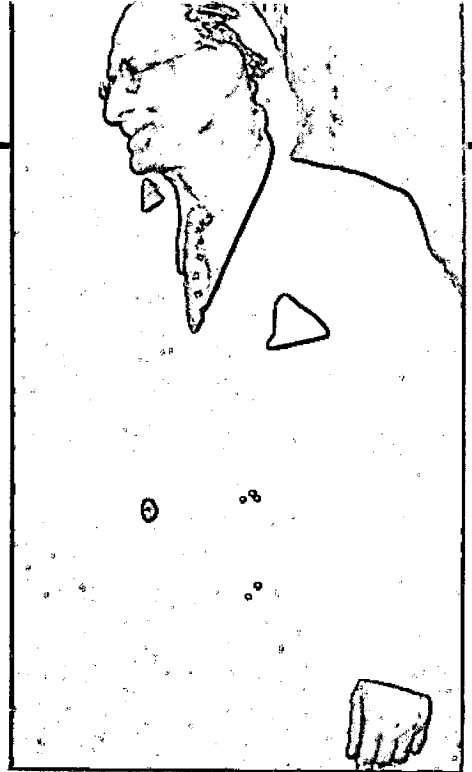
En este breve comentario quisiéramos fijarnos en dos dimensiones: el valor ético y la percepción del momento histórico.

De Gasperi era muy mal orador en un momento de masas desatadas, liberadas de la opresión fascista, y necesitadas de personalizar en un líder sus ilusiones. Pero su liderazgo ético y su pasión italiana se impusieron como sus montañas dolomíticas al paso de las tormentas. Su "vocación de servicio", no devaluada como en las bocas de tantos políticos fáciles de hoy, fue reconocida por el pueblo italiano.

Entre las críticas que se le han hecho, una de las más serias es la que formula Piero Ottone. "Se puede dirigir a De Gasperi una grave crítica. Reconstruyó Italia, lo admitimos, pero hubiera podido reconstruir una Italia distinta a la que vio desaparecer, alrededor del año 1925, en la vorágine del fascismo. Por el contrario, buscó más bien resucitarla". ¿No hubiera podido transformar las viejas estructuras políticas sobre la base de los "Comitati di Liberazione Nazionale" para crear un nuevo orden político? Estos últimos 20 años de parlamentarismo inoperante y de crisis de gobierno y la crisis moral que todo el mundo reconoce hoy en Italia ¿no son consecuencia de aquel "error" histórico del gran estadista italiano? Reconocemos que la pregunta nos cae demasiado grande para que podamos responder con un sí o un no.

La verdadera interpretación que haga justicia a De Gasperi debe reconocer que su punto de partida para la acción política era su fe cristiana y su pertenencia eclesial. Su acción política era una consecuencia apostólica de su fe. Y esto, cuando se estaba lejos del Vaticano II y mucho más le-

"Churchil ejercía el poder como la creación de una obra de arte, con capricho y voluptuosidad, mientras que De Gasperi lo ejercía como portando una cruz, por deber hacia Dios y hacia los hombres" (OTTONE Piero: "De Gasperi", Monte Avila Editores, Caracas, 1973).



jos de la "ruptura epistemológica" de la teología de la liberación.

Para los que, de alguna manera, nos consideramos sus herederos en la evolución del pensamiento cristiano sobre la sociedad, tiene especial significado el testimonio degasperiano.

En esta perspectiva, De Gasperi, como el P. Sturzo y sus "popolari" se habían anticipado a su tiempo bajo la represión de las suspicacias y desaprobación de los que estaban seguros en la ortodoxia del "Non expedit" vaticano que prohibía a los católicos italianos participar en política.

Más traumatizante fue para el político católico, recién salido de la cárcel de Regina Coelli, el Tratado de Letrán entre la Santa Sede y el Gobierno de Mussolini, aunque él lo aceptó "con fortaleza viril" y porque, a la larga, sería "una liberación para la Iglesia y una fortuna para la nación italiana".

Convertido ya en líder indiscutible que encarnaba las aspiraciones de los católicos italianos, tuvo que sufrir amargos conflictos de fidelidades entre las autoridades jerárquicas de la Iglesia y su proyecto político histórico, como cuando Pío XII se negó a recibirlo o cuando le quiso imponer el que formara gobierno con los neofascistas del Movimiento Social Italiano para bloquear a los comunistas y socialistas.

En 1929 había escrito que "la realidad del s. XX no tardará en hacerse sentir, las grandes masas reaparecerán en el escenario. Debemos augurarnos que los hombres de la Iglesia no las pierdan jamás de vista, porque ellas son la realidad de hoy y de mañana".

No las perdió de vista él. Por eso pudo realizar su proyecto histórico.

A los 20 años de su muerte, nos resulta provechoso meditar, entre otras cosas, en dos grandes lecciones, especialmente necesarias para los políticos católicos y para los hombres de Iglesia. En primer lugar, su valor ético, con su honestidad y su pasión. Y, en segundo lugar, su percepción del momento histórico. En la historia, la repetición acrítica de los modelos anteriores es la más mentirosa infidelidad a ellos. La verdadera fidelidad exige la superación de las limitaciones impuestas por los condicionantes anteriores. Solo iguala al padre el hijo que lo supera.